CASIMIRO PÉRIER.

La nueva corte de las Tullerías, mal afianzada aun tanto en el interior como en el exterior, marchaba con irresolucion en su nueva via. Libre enfin de Lafayette y Laffitte, á quienes habia mostrado tanto afecto y apretado tantas veces contra su corazon, hallábase entre los ambiciosos de doctrina y los pusilánimes de la clase media; entonces puso su vista en Casimiro Périer.

Su inmensa fortuna le daba esa especie de independencia aparente que permite á un ministro apostárselas á cada instante al monarca y á las cámaras, al paso que aleja de un hombre las sospechas de la corrupcion, é impone siempre al vulgo. Por otra parte Casimiro Périer atraía los legitimistas por la predileccion secreta de Carlos X por su persona, y no podia ser sospechoso á Luis-Felipe no habiendo nunca servido otro amo. Su dialéctica fogosa y llena de brio se adaptaba á las mil maravillas para luchar contra la Oposicion de aquel entonces; de hombre á hombre, de cólera á cólera. Era Périer un orador de accion y réplica viva, dotado empero de mas resolucion parlamentaria que de valor personal, siempre dispuesto á subir, y subiendo en efecto á menudo al asalto. Su elevada estatura, sus modales secos é imperativos, sus ojos ocultos bajo pobladas cejas y siempre rojos y encendidos, completaban el conjunto de su superioridad circunstancial. En una palabra, parecia que habia nacido para el mando y para la presidencia del consejo, y ninguno, ni aun el mismo mariscal Soult, pensaba en disputarle esta prerogativa. La corte, la temerosa clase media, los agiotistas de la bolsa, y la mayoría de la Cámara dócil y tímida como un hato de carneros, se habian repetidas veces echado á los piés de Casimiro Périer para suplicarle que tomase el timon del Estado y salvase la sociedad.

Aquí ruego cortésmente á mis lectores que examinen el retrato que voy á hacer, sino con desconfianza á lo menos con reserva.

CASIMIR PÉRIER.

CASIMIRO PÉRIER.

[illegible] en el [illegible] su [illegible] había [illegible] contra su corazon, [illegible] los pusilánimes de la [illegible] Périer.

[illegible] de independencia apa- [illegible] á cada instante al [illegible] de un hombre las sospechas [illegible] al vulgo. Por otra parte Casimiro [illegible] por la predileccion secreta de [illegible] ser sospechoso á Luis-Felipe [illegible]. Su dialéctica [illegible] para luchar [illegible] á hombre, de [illegible] réplica viva, [illegible] de valor per- [illegible], y subien[illegible] á menudo [illegible], sus modales [illegible] imperativos, [illegible] cejas y siempre [illegible] y encendidos, [illegible] su superioridad circunstancial. En [illegible] había nacido para el mando y para la [illegible] ninguno, ni aun el mismo mariscal [illegible] esta [illegible]. La corte, la teme- [illegible] y la mayoría de la [illegible], se habian repe- [illegible] para suplicarle [illegible] sociedad.

[illegible] examinen el retrato que voy á hacer, sino con desconfianza á lo menos con reserva.

CASIMIR PÉRIER.

Creo ser sincero, pero no imparcial; Casimiro Périer habia engañado mis esperanzas, y atacado mi persona; y en esta situacion de espíritu, tal vez, al pintarlo hace algunos años, molí demasiado color negro en mi paleta. Pero al mismo tiempo debo decir lo que he visto, y, por otra parte pinté tan solo al hombre enfermo, devorado por dolores vivos é internos, y abrumado con apuros de gobierno y política, capaces, lo confieso, de trastornar los mas firmes pensamientos y descarriar el juicio mas sano.

En efecto, en sus últimos dias, Casimiro Périer, dominado por una energía borrascosa que lo minaba y conducia rápidamente al sepulcro, removió, exaltó, á pesar suyo, sin que así lo quisiese ni aun lo notase, y por una especie de simpatía convulsiva, esas malas pasiones que dormitan siempre en el fondo de las almas mas apacibles. A su voz, ambos partidos se arrojaron uno sobre otro, y parecia la Cámara una casa de locos furiosos y desencadenados, mas bien que una asamblea de graves legisladores.

Las sesiones en aquel entonces tenian muchos puntos de contacto con las de la Convencion, salvo la grandeza teatral de los acontecimientos y el fin trágico de los actores. Los ministros y los centros se esforzaban en meter miedo á sí mismos y á los otros; tal era su gusto dominante. Las palabras reemplazaban la accion, y el interior de la Cámara presentaba el espectáculo del terror en miniatura.

De todos los resortes parlamentarios, el miedo fue y será siempre el mas enérgico, y tal vez el mas hábil; y su accion es incalculable en las mujeres, niños, ancianos, y diputados pacatos y enfermizos de espíritu, que acosados por un temor real ó imaginario, se estrechan temblando unos contra otros. Agréguese á los temores reales los fingidos, pues hay en los bancos ministeriales mas de una paloma asustadiza, siempre presta á guarecerse bajo el altar, y á cobijarse bajo el ala del dios que reina y gobierna.

Para pintarlo con fidelidad, es preciso haber visto á Casimiro Périer, en aquellos momentos, cara á cara, como yo lo he visto. Su elevada estatura se hallaba algo encorvada; su bello y magestuoso semblante invadian ya las sombras y las arrugas; veíanse sus mejillas huecas, sus ojos llenos de fuego é inyectados de sangre; sus palabras ardientes y calenturientas acusaban un cérebro abrasado. Casimiro Périer maltrataba, aguijoneaba, tiranizaba á la mayoría á la vez y á la minoría, y dejaba atónitos á los

demás ministros. No habia á la sazon diferencia de tercer partido, ministeriales puros y doctrinarios; y Casimiro Périer, no dejando á la mayoría el tiempo de reconocerse y contarse, reunia, hostigaba, y enviaba al combate á Dupin, Soult, Thiers, Guizot, Barthe, Jaubert, Jacqueminot y Keratry. El mismo disputaba acalorada é injuriosamente con el diputado Josselin, en la misma tribuna, y llegaban ambos á las manos (1). En otra ocasion fue necesario enviarle á decir aparte y en voz baja, que reparase el desórden de su vestido, poco decente en presencia de las damas (2). ¡ Tan absorto se hallaba por las preocupaciones de la lucha política !

La mayoría no le prestaba obediencia por conviccion, obstinacion ó sistema; no, cedia maquinalmente á la voluntad, á la ira de ese maniático, cuyos ademanes, voz y cólera automáticamente imitaba; como él saltaba, pataleaba, se torcia y aullaba; pero, cuando despues de varios accesos de frenesí parlementario, hubo llegado Casimiro Périer al paroxismo de su furor, turbóse su cabeza, y cayó rendido y acabado para dar el último aliento.

Despues de su muerte, sus arrebatos de energúmeno pasaron por pruebas de firmeza; dos ó tres palabras siempre las mismas, que le inspiraban y dictaban sus amigos, y que él repetia sin comprenderlas, bastaron para que fuese calificado de hombre de genio; y los sacerdotes del justo medio escondieron el secreto de sus artimañas en la parte hueca de este ídolo, dorándolo de piés á cabeza, para que hincase el vulgo la rodilla.

Una apotéosis fúnebre de pompa descomunal fue tributada á su memoria, y las mismas manos de la Francia le erigieron un mausoleo casi regio, mientras que la trompeta doctrinaria publicaba sin tregua su panegírico, proclamándolo el mas admirable de todos los ministros, el vencedor de las facciones, el salvador de la monarquía, el gran Périer (3).

A los muertos se debe la verdad, pero entera, y tanto en el encomio como en la crítica.

Convengo en que Casimiro Périer era duro, irascible, imperioso, sin gusto, sin estudios, sin instruccion literaria, sin entrañas para el pobre, sin filosofía; pero tambien reconozco que reunia en sa persona tres grandes calidades de primer órden que distinguen á un hombre de estado, el ardor y vivacidad de la concepcion, la decision del mando, la fuerza y persistencia de la voluntad.

(1) Histórico.

(2) Histórico,

(3) Alusion á sus exequias, estatua y suscripciones, como igualmente á los discursos y escritos de aquel entonces.

Los amigos de la libertad que no son ingratos, dividirán su vida en dos partes: la una gloriosa, su vida de tribuno; la otra fatal á la Francia no menos que á sí mismo, su vida de ministro. La Revolucion de Julio le debe demasiado en su pasado para no alabarlo, y no puede menos de vituperarlo por el mucho mal que despues le ha hecho.

Ese personage fue el representante mas fogoso del liberalismo de antaño que abrigaba en su corazon, si bien no lo tenia continuamente en los labios, como tantos otros ministros que le han sucedido; pero, sea ceguedad, sea la fuerza irresistible de la costumbre, nunca llegó á comprender que, entre la legitimidad y la soberanía del pueblo, media nada menos que un abismo.

No veo que haya en los bancos de la Oposicion, un orador del temple de Casimiro Périer, y no titubeo en decir que ninguno posee su sagaz penetracion, y su pronta y sencilla elocuencia. Habia cobrado fuerzas y brio en las luchas vivas y difíciles de la Restauracion, y su palabra fogosa y corrosiva no dejaba á Villèle tregua ni descanso. Casimiro Périer se precipitaba encarnizado en la pelea, marchaba derecho al ministro, lo asediaba, lo oprimia, lo abrumaba con repetidas cuestiones, lo aturrullaba con contínuos apóstrofes, sin dejarle tiempo de reponerse, ni respirar; lo fascinaba y atemorizaba como el juez al reo, y como el juez le preguntaba con imponente autoridad. Los Franceses son naturalmente algo pendencieros, y brillan mas en el ataque que en la defensa: tal vez este método no hubiera convenido á otra persona, pero á Casimiro Périer le iba como de molde.

Mientras que Royer-Collard elevaba sus recriminaciones á la altura filosófica de un axioma, Casimiro Périer reducia en cifras su argumentacion, y reprendia con aspereza á los ordenadores, escudriñaba el presupuesto, volvia á hacer las liquidaciones, sondeaba el fondo de las cajas, exigia el depósito de los balances, y recorria, con la antorcha en la mano, las cavernas de los dilapiladores, y los laberintos mas tortuosos y oscuros del tesoro.

Desde que Laffitte y Casimiro Périer nos han iniciado á los secretos disfraces del presupuesto, no es posible á los ministros actuales, como en otros tiempos, hacer pasar con maña en el ca-

pítulo de la justicia criminal, el dote de una hija querida y el chal de cachemira de una esposa adorada; ni en la compra de camas militares, el precio de un retrete ó de un divan de seda; ni en las grandes reparaciones de una pared divisoria, la decoracion de un comedor; ni en una oficina de recaudacion, el importe de una casa de campo ó de un viage de recreo; ni en el restablecimiento de los padres de la Trapa, la gratificacion de un cocinero; enfin en el gasto de las huérfanas de la Legion de Honor, la manutencion de una cómica.

Bajo la Restauracion, se habia dedicado Casimiro Périer á vastas especulaciones de negocio, y de un gran banquero á un gran administrador, no hay mucha distancia. Tenia en materia de hacienda una aptitud ejercida, era muy ducho en la teórica y práctica, entendia lo contencioso mejor que los demás banqueros, y casi como un abogado. Si hubiese vivido algunos años mas, es muy probable que hubiera establecido y arraigado en las riquezas del Estado el órden que reinaba en las suyas, pues la naturaleza lo habia dotado de un golpe de vista dilatado, al paso que poseia tanto en su carácter, como en su inteligencia, hábitos y persona, ese distintivo absoluto, ese tono breve y seco, que es tal vez indispensable á un ministro del interior, para vencer las dudas é irresoluciones de sus prefectos y sus empleados, despedir á los cortesanos y pretendientes de antesala, cortar á lo vivo las dificultades que ofrecen los pormenores de la práctica, quitar los escombros de lo atrasado, emprender y llevar á cabo grandes empresas, y dirigir con resolucion la Francia.

Sin duda alguna se le puede achacar el haber conducido á la Revolucion de Julio en una crisis de reaccion pasagera, pero si hubiera vivido, yo creo que hubiera vuelto á entrar en las vias normales de la Carta; pues no hubiera podido nunca imaginarse que el pueblo habia hecho una revolucion únicamente para pintar de nuevo el mostrador de la tienda representativa; ni hubiera nunca pensado en erigir la Cámara de pares en tribunal político, ni recomendado, como los doctrinarios, exponer las cabezas desnudas de los proscritos á los rayos del sol tropical. Antes que aguantar que injuriada fuese la Francia, y recibiese una mancha nuestra bandera, Casimiro Périer hubiera destruido á cañonazos las barreras de los Dardanelos, lanzado nuestras flotas, precipitado nuestros ejércitos, vaciado el erario. Transformado en gran personage el mismo dia en que nació la dinastía, le constaba mejor que á nadie, como agente

principal, de qué modo se fabrican los reyes, y lo que valen; ni era hombre capaz de dejarse gobernar por mimos y zalamerías, ni aun menos de prosternar su indomable voluntad á los piés de un señor. Un hombre tan enérgico como Casimiro Périer no se hubiera contentado con ser presidente nominal, criado de camarilla, mero refrendador de órdenes, forro del manto responsable; y, dejando al monarca reinar en el medio de la pompa y del oro, en su trono solitario, lo hubiera contenido en los límites en que principia el gobierno, y le hubiera dicho: No pasarás de aquí.